

Biblioteca Universitaria
GRANADA
C
36
37 (12)

A

S: M: LA REINA:



SERMON

QUE, EN LA SOLEMNE FUNCION

CELEBRADA

por la Real Hermandad y por la Ilustre

ASOCIACION DE SEÑORAS

DEL SANTÍSIMO CRISTO DE S. AGUSTIN, DE GRANADA,

CON MOTIVO

de haberse declarado S. M. la Reina

DOÑA ISABEL II

Protectora y Hermana mayor perpetua de dichas
Corporaciones,

PREDICÓ EN LA IGLESIA DE RELIGIOSAS DEL SANTO ANGEL CUSTODIO

el día 18 de Enero de 1863,

EL SEÑOR DOCTOR

D. Antonio Sanchez Arce y Peñuela,

Canónigo dignidad de Chantre de esta Santa Apostólica Metropolitana
Iglesia Basílica, y Predicador de S. M.

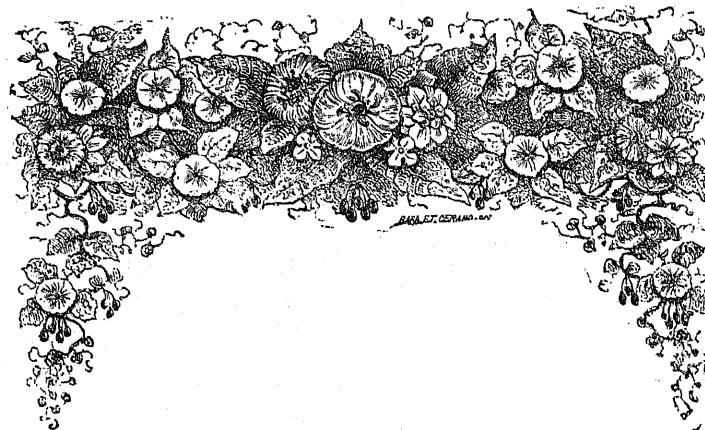


Impreso por acuerdo y á expensas de las referidas Corporaciones.

GRANADA.—1863.

Imprenta y librería de D. Gerónimo Alonso, calle del Colegio Catalino.





Adorabunt eum omnes reges terra.

Psal. LXXI.—11.

Adoraran á Jesucristo todos los reyes
de la tierra.

Excmo. é Ilmo. Sr:

Religiosas Hermandad y Asociacion :

QUIEN hubiera visto á Jesucristo recostado sobre unas pajas, y envuelto en unos pañales humildes en Belen; olvidado del mundo, pasando la mayor parte de su vida en el taller de un pobre artesano de Nazarét, y al fin muriendo en un patíbulo, reputado como un malhechor, aborrecido de sus mismos compatricios, y desamparado de todos allá en las cumbres del Calvario, hubiera dicho, consultando á su pobre razon, que Jesucristo era un puro hom-

bre, y que su destino era igual al destino del último de los hombres.

Sin embargo; los profetas de Dios se habían ocupado de ese niño desvalido, de ese hombre que vive en la oscuridad, y que muere en el cadalso de los criminales, y se habían ocupado llamándole: *Admirable, Consejero, Príncipe de la paz, Padre del siglo venidero*. Entre esos profetas santos, David lo había visto anticipadamente dominando desde el mar de Oriente hasta el mar de Occidente, y desde el rio Jordan hasta los últimos confines de la tierra; lo había visto teniendo á sus plantas prosternados á los habitantes de Etiopia, y á sus mismos enemigos los veía tan humillados que su boca tocaba en la tierra; lo había visto aceptando las ricas ofrendas de los reyes de Tarsis, y el oro, y el incienso, y la mirra de los monarcas de Arabia y de Sabá; lo había visto en fin servido por todas las naciones, y lo que es mas todavía, recibiendo las adoraciones de los reyes todos de la tierra: *Adorabunt eum omnes reges terræ*.

El cumplimiento mas exacto de estos sorprendentes vaticinios tuvo efecto cuando Jesus se encontraba mas desamparado; cuando los cálculos humanos menos lo podían esperar; en

la cruz. Pero nosotros sabíamos que este divino Señor había dicho: «Cuando yo sea exaltado sobre la cruz, entonces atraeré á mí todas las cosas.» Y en torno de ese trono de ignominias, de ese patibulo afrentoso hemos visto agrupados á los sabios, y á los poderosos, y á los opulentos, y á los grandes de todos los países y de todas las edades; á los pueblos y á los reyes. ¡Ah! no faltaron á esta ovacion religiosa, tributada á Jesus crucificado, el pueblo ni los reyes de España. A primera hora concurren nuestros padres y nuestros monarcas á confesar y venerar al divino ajusticiado, á quien se ha dado todo poder en los cielos y en la tierra, instruidos por la doctrina celestial del apóstol Santiago, que nos engendró en Jesucristo por el Evangelio, como Pablo á los fieles de Corinto.

Entre aquel pueblo descollais vosotros, devotos asociados en estas ilustres corporaciones, tributando á este Señor Crucificado, con el título de S. Agustin, los homenajes de vuestra piedad y devocion, y á vosotros veis llegar en pos de aquellos reyes á la Señora de dos mundos, la ínclita y piadosísima Reina de las Españas D.^a Isabel II, que quiere tomar parte mas singularmente en vuestros homenajes consagra-

dos al Rey altísimo de los cielos, asociándose á vuestras religiosas Hermandades como vuestra Hermana mayor.

Al saber la soberana voluntad de nuestra buena Reina, participada á vosotros por su Excmo. Mayordomo mayor en su satisfactoria comunicacion de 31 de Diciembre último, al par del noble sentimiento de honor que habeis sentido desenvolverse en vuestros pechos, reconociendo por Hermana mayor á la augusta Isabel de Borbon, soberana de las Españas, no podreis menos de comprender, que *esta Señora nuestra, inscribiéndose á la cabeza de vuestras ilustres Cofradías, practica un acto de adoracion á Jesus crucificado, que revela la grandeza de sus sentimientos religiosos, y robustece los vuestros hácia este divino Señor.* Se ha cumplido una vez mas el vaticinio de David: «Adorarán á Jesus todos los reyes de la tierra.» *Adorabunt eum omnes reges terræ.*

¡Ojalá sea yo fiel intérprete de esos elevados sentimientos, que tanto á nuestra Reina, como á vosotros os enaltecen sobremanera, y que haceis públicos en este solemne acto ¡Pidamos para ello á este Hombre Dios, en quien estan los tesoros de la sabiduría y ciencia del

muy Alto, la que necesito, por la intercesion de la Santísima Virgen María, nuestra cariñosa y bendita Madre:



Nos habla el discípulo amado de Jesucristo en el libro misterioso de su Revelacion, escrito en la isla de Patmos, de una vision extática, en que se le representó el cielo abierto; en él habia un trono, y sobre el trono estaba uno sentado; y vió y oyó voz de muchos ángeles alrededor del trono, y era el número de ellos millares de millares, que decian en alta voz: «Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendicion. Y á toda criatura que hay en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar, y cuanto allí hay, á todas oyó decir: Al que está sentado sobre el trono y al Cordero: bendicion, y honra, y gloria, y poder en los siglos de los siglos.» ¡Qué admirable y glorioso cántico! Excmo. é Ilmo. Señor. Los dichosos moradores de la Jerusalem invisible del cielo celebran el triunfo de Jesucristo, Cordero de

Dios que quita los pecados del mundo , y á imitacion de esos espíritus bienaventurados nosotros , viadores aun en la Jerusalem terrestre, que es la Iglesia militante , prosternados ante esta milagrosa imágen de Jesus crucificado, levantamos nuestra débil voz , y la unimos á las voces sonoras de los ángeles , diciéndole en el entusiasmo de nuestra fe , y gratitud : Digno eres , Señor , de nuestras mas cumplidas alabanzas , y de nuestros humildes homenajes, porque fuiste muerto, y nos has redimido para Dios con tu sangre: *Et redemisti nos Deo in sanguine tuo.*

Este acto de adoracion que desde tiempo inmemorial habeis repetido tantas veces en unánime concierto de voces y de afectos, ante esta efigie veneranda, es la expresion de vuestra piedad y reconocimiento, devotos asociados de uno y otro sexo: con él habeis dado expansion á vuestros corazones henchidos de fervor , y el eco de vuestros nobles sentimientos no se ha perdido en el recinto del santuario. Las armonias dulcísimas de vuestra fe religiosa, de vuestra caridad á Jesus crucificado, de vuestra fervorosa devocion á este Señor , autor y consumidor de nuestra fe, han penetrado en ese mundo de incesantes agitaciones , á través de las

miserias en que los hombres se entretienen insensatos. Esa devocion sincera, esa caridad ardiente , esa fe divina son aquella luz purísima de que nos hablaba este nuestro celestial Maestro, luz que debia lucir á la vista de los hombres , para que viesen vuestras buenas obras, y glorificasen ellos tambien á nuestro Padre que está en los cielos.

El brillo de esa luz de santa piedad hácia Jesus, sacrificado por nuestros delitos, irradió en el corazon de la augusta Isabel, nuestra amada y religiosa Reina, y á la caridad santísima que le anima y ennoblece, añadió un grado mas de fervor , que le comunicábais con vuestro ejemplo. ¡Ah! una mujer tan sensible como es la ínclita Isabel; una madre tan cariñosa como la que es Madre de todos los españoles; una reina, como la Reina actual de las Españas, no podia mirar con indiferencia vuestra conducta religiosa, y como mujer se sintió vivamente herida en las mas delicadas fibras de su corazon , para mas identificarse con vuestros sentimientos de piedad hácia Jesus, que rehabilitó á la mujer, y le restituyó sus derechos bárbaramente arrebatados; y como madre se gozó en la devocion de sus hijos , que tanto reverencian , y tan fielmente sirven á Jesus,

que con su doctrina y con su ejemplo ha robustecido la autoridad paterna; y como reina se llenó de inexplicable alegría, al saber tenia súbditos como vosotros que, sirviendo con lealtad á Jesus, Rey inmortal de los siglos, la servirán tambien con esa misma lealtad; porque ella reina en representacion de ese Rey de reyes, y Señor de señores. Entonces, respondiendo con prontitud á la voz de su corazon de mujer, de madre, y de reina, os hizo entender sus religiosos sentimientos por medio del Excmo. Sr. Duque de Bailen, su Mayordomo mayor, declarándose *Protectora y Hermana mayor perpetua*, tanto de vuestra Real Hermandad, como de esta ilustre Asociacion de Señoras, consagradas una y otra á servir á nuestro amantísimo Redentor crucificado, con el titulo de S. Agustin.

¡ Qué bello pensamiento es, Excmo. é Ilmo. Señor, ver descender del trono de su grandeza á una Reina poderosa, para prosternarse con sus súbditos ante Jesus inmolado en el patíbulo de la cruz, patíbulo que para los judios fué un motivo de escándalo, y para los gentiles una locura! Este acto de adoracion no lo comprende, no lo puede comprender, la orgullosa filosofia de nuestro siglo, que mide la grandeza por el

prisma de sus altaneras vanidades, y que no dobla su rodilla, ni inclina su frente, sino ante los ídolos de la materia, y ante las degradadas y mentidas deidades de la tierra.

Pero ¡ay! ¿qué son para la segunda Isabel los brillantes resplandores del trono, que tan frecuentemente ofuscan los ojos del mísero mortal; ni la adulacion, ni la lisonja que suelen rodear el trono de los reyes para trastornar su inteligencia; ni aquellos placeres y profanos espectáculos, que son muchas veces el escollo peligroso de los mejores monarcas; ni todo el rango, y fastuosa grandeza que embriagan á veces sus sentidos? Para mí, al menos, (permitidme esta digresion ligera) aparecia mas grande, mas elevada, mas engrandecida nuestra Reina, cuando la vi prosternada con su Augusto Esposo ante los pies de V. E. I., que sois legítimo sucesor de los apóstoles de Jesus, depositando en vuestras manos consagradas un regio don que ofrecia en nuestra suntuosa Basilica á este Señor divino por quien los reyes reinan, que, cuando sentada sobre brillante trono en su regio alcázar, la veia rodeada de toda su magnificencia; ciñendo sus sienes la corona de dos mundos; dando á besar su mano á todas las autoridades y poderes de la celeberrima Gra-



nada , y á quanto de digno encierra esta noble capital, que le doblaban su rodilla en señal de respeto, de obediencia, de amor y gratitud. En su real palacio Isabel era la Señora que recibe los homenajes de su pueblo , y esto se explica fácilmente; en el templo era la Reina católica, que depone su cetro y su diadema al pié de los altares , y llena de abnegacion, y poseida de humildad, confiesa que es la esclava del Señor, y este acto no lo puede comprender en toda su extension la orgullosa razon humana.

De este modo considero yo á la piadosísima Isabel , al asociarse á vosotros , para dar como los ángeles honor y bendicion al Corde-ro que ha sido muerto, comprando nuestro rescate al precio infinito de su preciosa sangre. ¡ Cuántos y cuán nobles sentimientos habrán conmovido el corazon augusto de nuestra Reina, al ofrecer á Jesus crucificado este grandioso acto de adoracion! ¡ Cuántos y cuán elevados pensamientos se habrán agolpado á su ilustrada inteligencia! El recuerdo de sus esclarecidos predecesores, que se sentaron un dia en el trono de la Hesperia, de los Recaredos y Pelayos, de los Alfonsos, Jaimes y Fernandos, de las Berenguelas, Blancas, é Isabeles de Castilla, tan celosos de nuestra fe, tan piadosos con Jesus, le ha-

brán enseñado esa segura senda que tranquiliza y engrandece al que la sigue, y le garantiza un porvenir venturoso. La conducta de sus pueblos , tan fieles á sus creencias sagradas; tan firmes en confesar á Jesucristo en presencia de los hombres, y en invocar su nombre dulcísimo en todas sus empresas, habrá robustecido su fe , su piedad, su acendrada devocion. El cuadro interesante y sublime que ofrece el Calvario se habrá desarrollado á su vista , y en primer término habrá contemplado á nuestro amorosísimo Salvador, saciado de dolores, de angustias, y de oprobios; agotando el caliz de la ingratitud de los hombres; tomando sobre sí todas sus iniquidades; lavando todas sus miserias; pagando todas sus deudas, y aboliendo todos sus castigos. Allí habrá oido á Jesus pronunciar palabras de perdón para sus verdugos, palabras de clemencia y esperanza para los pecadores , palabras de consolacion y de dulzura para todos nosotros , designándonos por madre á su misma Madre, á la Santísima y cariñosa Maria. Allí , á través del desamparo y del abatimiento de Jesus , de sus ignominias y agonías , habrá contemplado la fortaleza de su omnipotencia , y los inefables destellos de su majestad , conmoviendo los fundamentos de la

tierra, apagando la luz del firmamento, y levantando á los muertos de sus tumbas. Allí finalmente habrá visto á todas las naciones del mundo reunidas, y prosternadas ante la cruz de Jesus, para recibir el Evangelio, fuente perenne de luz, de virtud y de consuelo. Todo esto es admirable para cualquiera cristiano, y conmovedor é irresistible para un corazon tan tierno y piadoso como el de esa augusta Señora, á quien hace poco tiempo que todos hemos contemplado con alegría, y todos hemos bendecido con entusiasmo.

¿Qué tiene ya de extraño, Excmo. é Ilmo. Señor, que la Reina católica, nuestra Señora, haga públicos sus religiosos sentimientos, por el acto que hoy admiramos, si su pecho rebosa de santa piedad hácia Jesucristo crucificado? Pero aun menos extraño debe parecernos ese acto piadoso y solemne, si ha llegado á entender los especiales beneficios que Jesus, venerado en este sagrado Simulacro, ha otorgado á los hijos de Granada. ¡Ah! que no me fuese posible detallar tan señalados favores! Mas vosotros los teneis grabados en vuestra memoria, y con indelebles caracteres en el fondo de vuestro corazon. Sepa, si hasta ahora no ha sabido la Reina de los granadinos, que hubo para es-

te su querido pueblo una época de funesta memoria, época de desastres y de ruina, dias de tribulacion, de terror y llanto: eran los dias de Agosto de 1679, escritos en los fastos de esta populosa ciudad con caracteres de sangre. Una epidemia desoladora habia invadido nuestros hogares, cual plaga que Dios envia para hacer sentir los efectos terribles de su inexorable justicia. No parecia sino que entre nosotros se realizaba entonces aquella sentencia de que David nos habla en el salmo LXXIV, cuando nos dice: «En la mano del Señor está el caliz de vino puro, lleno de mezcla; aquella copa de su ira y de su furor, llena de vino puro y fuerte, sin mezcla de misericordia ni de favor, aunque mezclada con las heces de amargura y de veneno. Esa copa la inclinó y dió de beber de ella ya á una parte, ya á otra, y sus heces no se apuraron.» *Et inclinavit ex hoc in hoc: verumtamen fœx ejus non est exinanita.* Si, Excmo. é Ilmo. Señor, la epidemia habia tomado posesion de nuestro pueblo, y con ella la muerte se paseaba en triunfo en nuestras plazas y calles; sus víctimas eran cada dia mas numerosas, y nuestros cementerios ofrecian ya el triste aspecto de aquel campo que vió el profeta Ezequiel, lleno de los huesos de los muer-



tos. La ciudad, vosotros lo sabeis, presentaba un caracter imponente, y.....

¿Para qué contristar vuestros corazones en estos momentos de santo júbilo con el recuerdo de tamaña calamidad? Entonces este Señor santísimo, que habia dicho que venia para que tuviéramos vida, y la tuviésemos en abundancia, fué invocado por la Comunidad de religiosos Agustinos calzados, en cuyo templo, hoy destruido, se veneraba esta milagrosa imagen, en union con nuestro piadoso Municipio. Nuestros padres se reanimaron con la presencia de la misma puesta en procesion por nuestras calles, y la tétrica, y sangrienta epidemia amainó su coraje, y huyó de nuestros hogares á la vista de Jesus crucificado, como se fugan las sombras de la noche al aparecer el sol radiante en las doradas regiones de la aurora.

¡Cuánto dice este hecho, y otros mil que pudiéramos citar de este género, al corazon sensible y religioso de nuestra Reina! El viene á corroborar sus santas creencias y sus elevados sentimientos, para empeñarla mas y mas en el servicio de este divino Señor. Porque á la verdad, una Reina que tan visiblemente ha notado los efectos de la misericordia infinita de Jesus para con un pueblo, que es su pueblo ¿no

lo ha de adorar con toda la efusion de su tierno y maternal corazon? no ha de darle gloria y bendicion, inscribiéndose entre los fieles hijos que lo reverencian y lo sirven reunidos en santa hermandad?

Asi lo ha hecho, y cual otra Reina de Sabá, que presentándose al rey Salomon con cuantos ricos dones pudo reunir, le dijo estas sentidas palabras: «Verdaderas son las cosas que yo habia oido en mi tierra de tus obras; pero mayores son cuando las he visto, que la fama que he oido:» La Reina de España, presentándose en este dia con toda su magnificencia y grandeza ante el divino Salomon Jesucristo crucificado, para ponerlas á sus piés, parece que le dice en la expansion de su generosa alma: «Yo, dulce Jesus mio, bien sabia tus misericordias y bondades, tu poder y tu intercesion, como que eres el solo mediador entre Dios y los hombres. Pero ahora que me hallo entre tus especiales favorecidos, que son mis fieles hijos, conozco que no sabia sino una parte de tus celestiales favores: *Probavi quod media pars mihi nuntiata non fuerit.* Dichos tus gentes, ó santísimo Señor de mi alma, y dichosos los que de continuo y en tu obsequio te ofrecen sus homenajes y servicios; dig-

nate admitirme tambien en el número de ellos:
Beati servi tui, qui stant coram te semper.

¡Qué elocuente ejemplo de piedad, ilustres asociados, y cuánto debe afirmar en vosotros la santa devocion que profesais á este divino Señor! Porque si dignos son de imitacion los ejemplos de piedad del hombre del pueblo; aquellas manifestaciones de santa devocion que brillan sobre el trono encumbrado de los reyes, son una enseñanza tan persuasiva, hablan tan alto á nuestro corazon, que lo llevan con prontitud á imitarlos; como que ellos estan colocados en el mas alto grado de la escala social, para servirnos de luz, de guia y de ejemplo.

Así lo debeis reconocer vosotros, amados hermanos míos. Ved si no á nuestra augusta Reina; como si se olvidase de su posicion altísima; como si fuese uno de nosotros, penetrada hoy mas que nunca de amor y de piedad, la heimos visto bajar de su trono á confundirse entre vosotros, formando la corte del gran Rey de los cielos y tierra en vuestra asociacion religiosa; no dando oidos á otra idea, que á las nobles inspiraciones de su corazon, que la dicen: «adora á Jesucristo en espiritu y en verdad, y para ello ten presente lo que practicaron tus venerandos predecesores, y lo que

hoy practican tus fieles súbditos, devotos de este Señor crucificado; no olvides los elevados pensamientos que se despiertan, al considerar á Jesucristo pendiente de la cruz, para merecer la redencion de la humanidad anatematizada y perdida, y para dar alivio, paz y consuelo á los hijos de Granada, que lo invocan con entera confianza en sus necesidades; toda vez que solo Jesus es el camino que los guia, la verdad que los ilumina, y la vida que los alienta. ¡Ah! la piadosa Isabel ha escuchado atenta esa voz secreta de su alma, que el cielo le ha dictado, y asociándose á vosotros, ha realizado una vez mas la solemne prediccion del Profeta de los Salmos: «Adorarán á Jesucristo todos los reyes de la tierra.» *Adorabunt eum omnes reges terræ.*

Tambien nosotros somos llamados á esa adoracion, hermanos míos, para satisfacer con ella una necesidad imperiosa del corazon, y un deber sagrado de nuestra conciencia, que la religion solemnemente sanciona. Venid, pues, todos animados de fe pura, y de ardiente devocion, y regocijémosnos en el Señor, confesando sus beneficios; cantemos con celestial alegría á Dios, Salvador nuestro Jesucristo, que muriendo por nosotros en la cruz, nos al-

canzó la eterna salvacion: *Venite, exultemus Domino; jubilemus Deo salutari nostro.* Prevengamos desde ahora su ira santa con nuestras humillaciones, y con la confesion y arrepentimiento de nuestras culpas, y con salmos y alabanzas de purísima devocion entonémosle un himno de accion de gracias: *Præocupe-mus faciem ejus in confessione; et in psalmis jubilemus ei;* porque Él es el Dios omnipotente, que todo lo ha criado; Él es el grande Señor, que todo lo gobierna, y el Rey grande que, no teniendo semejante, se ha de adorar sobre todo lo que equivocadamente se nombra dios: *Quoniam Deus magnus Dominus: et Rex magnus super omnes deos.* Venid, os repito, fieles todos de Jesucristo, y adorémosle con la mas santa de las devociones, y ante Él postrémosnos humildemente, y en su presencia lloremos nuestras indiscreciones y pecados, pues es el Dios que nos ha hecho á su imágen y semejanza: *Venite adoremus, et pro-cidamus, et ploremus ante Dominum, qui fecit nos.*

Mirad, Dios y Señor nuestro, que nosotros somos vuestro pueblo, y ovejas de vuestro mistico rebaño, y continuad alimentándonos con los celestiales y vivificadores pastos de vues-

tra gracia; continuad defendiéndonos con vuestro excelso y potente brazo, y guiándonos como de la mano, para que no erremos en el camino que conduce á Vos: *Quia ipse est Dominus Deus noster; et nos populus pascuæ ejus, et oves manus ejus.* Y supuesto que nuestra buena Reina forma con nosotros parte de vuestra escogida grey, alimentad su espíritu tambien con vuestras santas inspiraciones, para que os sirva en santidad y justicia por todos los dias de su vida; defendiéndola, igualmente que á sus augustos Hijo y Esposo, y á toda su Real familia de los males que le puedan sobrevenir, y guiadla por medio de vuestros ángeles custodios, por el camino de la paz, de la rectitud y de la dicha, como á todos nosotros, á fin de que todos alcancemos la bienaventuranza de veros, y gozaros en el cielo, por los siglos de los siglos. Amen.

O. S. C. S. R. E.

